

Pedalea

Es 8 de marzo y el perfume de Carmen se impregna en su camiseta violeta. Reconoce que está algo nerviosa. Es la primera vez que volverá a salir a la calle en mucho tiempo desde la última vez... Su madre, también algo inquieta, la mira desde la esquina del pasillo y se dice: "Por Dios que no le pase nada". Pero Carmen ya no tiene miedo. Carmen es de esas mujeres que a sus 18 años sin piernas aún camina, que sin manos para defenderse, aún grita. Sabe que no está sola, este año la asociación de vecinos de su barrio ha hecho un especial llamamiento para que todos vayan a la manifestación de la tarde que tendrá lugar en el centro de la ciudad. Sus tíos, sus primos, la carta del director de la escuela... Carmen es la mujer más querida de la Tierra. Antes de bajar los últimos escalones de su casa, se para unos instantes en el espejo que la espera en el rellano y mirándose frente a frente agradece y sonrío que aún siga viva.

—¿De verdad que no quieres que te acompañe tu hermano? Le dice su madre esperándola ya abajo en el comedor.

—Mamá, hago esto todos los años, vamos muchas, no te preocupes. Sabes que el hermano tiene trabajo.

—Ay hija, tu padre y yo también estamos liados, solo te pido que no te vuelvas sola.

Pero Carmen prefiere no responder y seguir adelante hasta el final del patio. Allí la espera su amiga de dos ruedas, la que día tras día la ha estado esperando sin juzgarla ni preguntarle al otro lado de su ventana. La noche en

que le falló aquel chico, estaba ella, la mañana en que le falló la jueza, estaba ella y el día en que algunos de sus antiguos amigos no la creyeron, también estaba ella, preparada para llevarla a donde Carmen quisiera. Es por ello que hoy, 8 de marzo, Carmen ha vuelto a realizar el ritual de desempolvar su vieja bici, probar los frenos y terminar de colocar el sillín a la altura de sus caderas. Ajusta la pancarta sobre la cesta para que ésta no se caiga y comienza a pedalear. Tras unos minutos de contacto de sus manos con el manillar, Carmen siente cómo el gusanillo de la libertad vuelve a revolotear en su estómago para llegar hasta su pelo y moverse con el viento. Llega hasta el fin de la Avenida de la Constitución donde la esperan el resto de mujeres que llevan rostros parecidos al suyo. Carmen se baja de su compañera fiel y juntas caminan perdiéndose entre la multitud. La marcha violeta está tiñendo las calles de Sevilla de esperanza y cambio. No hay duda. Se acerca, reconoce y abraza a las suyas, no sin antes mirar atrás y levantar la mirada en búsqueda de la complicidad de otra mujer igual de fuerte, igual de libre como ella: “¿Soy yo o la Giralda está más alta?”, piensa.

De Beauvoir